

Naturaleza, estancia ganadera y trabajo: Lucas Bridges y la relación con los Selk'nam de Tierra del Fuego.

Horlent, Laura.

Cita:

Horlent, Laura (2017). *Naturaleza, estancia ganadera y trabajo: Lucas Bridges y la relación con los Selk'nam de Tierra del Fuego. XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-019/275>

XVI Jornadas Interescuelas Mar del Plata 2017

Mesa 53 - Espacios y territorios de frontera de América del Sur: procesos políticos, económicos e identitarios en los siglos XVIII y XIX

Para publicar en actas

Naturaleza, estancia ganadera y trabajo: Lucas Bridges y la relación con los selk'nam de Tierra del Fuego

Laura M. Horlent

Universidad Nacional de Tierra del Fuego

Dipesh Chakrabarty escribió -hace ya algunos años- un artículo titulado “La poscolonialidad y el artilugio de la historia: ¿quién habla por los pasados indios?” en el que analizaba las narrativas históricas que se producen y circulan en la India. Con la pregunta ¿quién habla por los pasados indios? se refería, por supuesto, no a las personas sino a los modelos teóricos y a las categorías que se utilizan para describir el pasado de las sociedades no-europeas así como a la particular relación establecida entre la teoría elaborada en el seno del mundo académico occidental y la producción de conocimiento en otras regiones del planeta. Las consideraciones que hacía allí eran muy interesantes y aplicables, por extensión, a otros contextos. Aunque no voy a tratar aquí todas las implicaciones involucradas en el planteo de este autor, quisiera tomar la pregunta del título ¿quién habla por los pasados indios? y reemplazarla por la siguiente: ¿quién habla por los pasados fueguinos? para indicar la dirección y el marco más general en los que se enmarca este trabajo.

En el caso más acotado que presentamos aquí, diremos que el que habla -esta vez en el sentido más literal de la expresión- por los pasados fueguinos es Lucas Bridges, autor de un hermoso relato de memorias que lleva como nombre “El último confín de la tierra”. El libro fue publicado en 1948 y cuenta las vicisitudes de su familia y las suyas propias desde que sus padres -los primeros pobladores blancos de Tierra del Fuego- se instalaron en la bahía de

Ushuaia, en 1871, hasta los albores de la primera guerra mundial cuando Bridges es llamado a servir en las filas británicas.

Se trata de una fuente invaluable para los historiadores y antropólogos que quieren analizar tanto las características de la colonización de la isla ocurrida a fines del siglo XIX como, más importante aun, obtener información de cierta relevancia sobre uno de los grupos que la habitaban: los selk'nam u onas. Bridges conoció profundamente a los selk'nam, aprendió su idioma, compartió actividades cotidianas durante muchos años y fue invitado a participar en ceremonias a las que muy pocos blancos tuvieron acceso. Una fuerte fascinación por las formas de vida indígenas lo llevó a observar y registrar costumbres, actitudes, ideas y relatos, además de ser testigo de las circunstancias dramáticas que tuvieron que enfrentar los selk'nam cuando el avance colonizador los fue cercando.

La pregunta inicial era ¿quién habla por los pasados fueguinos? En el marco de una investigación más amplia sobre el autor, su obra y sobre las imágenes que construyó sobre los selk'nam, esta ponencia se propone hacer foco sobre la experiencia del autor como colonizador y estanciero en Tierra del Fuego. Se plantea que las premisas bajo las cuales desarrolló su relación con los selk'nam pueden atribuirse claramente a las configuraciones culturales propias del imperialismo decimonónico pero que la peculiar combinación de elementos que se operó en Bridges dio como resultado una experiencia diferente a la desarrollada por otros sectores de la colonización.

Lucas Bridges era hijo de un misionero anglicano, llamado Thomas Bridges, enviado por la South American Missionary Society con el propósito de evangelizar a los yámanas, habitantes del canal de Beagle. En dicha misión, ubicada en la bahía de Ushuaia, nació su hijo Lucas en el año 1874 y allí pasó sus años de infancia junto a sus hermanos y a los niños yámanas que la poblaban. En 1886, cuando Lucas contaba con 12 años, su padre se retiró del servicio misionero para dedicarse a la cría de ganado en una estancia que había fundado a algunos kilómetros al este de Ushuaia.

En esa estancia, llamada Harberton, Lucas aprendió junto a su padre y hermanos el conjunto de tareas que se requerían para llevar adelante un establecimiento ganadero. Como la familia no contaba con una gran fortuna, esas tareas iban desde derribar árboles para construir cercos y atrapar ganado bagual hasta hacer gestiones administrativas en Buenos Aires. Unos años

más tarde inició una segunda estancia en el centro de la isla que fue bautizada con el nombre de Viamonte.

La aventura capitalista

Sin embargo, su carrera como estanciero no se limitó a Tierra del Fuego. En vísperas de la primera guerra mundial fue convocado a pelear en el frente inglés y luego de finalizada la contienda se dirigió a Rhodesia¹ (actual Zimbabwe) e inició un establecimiento -Devuli Ranch- que luego quedó a cargo de su hermano Despard. Vuelto a América del Sur, tuvo también un establecimiento en Chile, en la región del río Baker. Allí permanecería hasta por lo menos 1938, fecha en que es visitado por el explorador Tschifelly, quien lo impulsó a relatar y publicar la historia de su vida. Luego de que se le detectara una dolencia cardíaca, Lucas Bridges se instaló en Buenos Aires y escribió allí su libro de memorias. Toda su vida, entonces, estuvo dedicada al trabajo de levantar y gestionar establecimientos ganaderos en distintas partes del mundo. La escritura de sus memorias es una tarea que emprende una vez que se ha retirado de esta actividad.

Su identificación como productor ganadero aparece expresada en el libro como una constante en su vida. Hablando de su infancia en la misión señalaba:

Arriba sobre la montaña, frente al pueblo de la Misión, había un rincón muy verde y muy claro, y el bosque estaba atravesado por un arroyuelo. Era tan sólo un cuadrado de musgo saturado de humedad pero a mí me parecía mucho más romántico imaginarlo un paraíso con césped y flores silvestres. Mi sueño era irme a vivir allí, lejos del bullicio del poblado, tener unas cuantas cabras y cultivar una huertecita. (Bridges 2000:128)

El relato de su decisión de ir a probar suerte a Rhodesia también expresa la centralidad que le atribuye a su papel de "emprendedor" estanciero

¹ Rodhesia del Sur fue una de las colonias del África tropical en la que se instalaron mayor cantidad de europeos. Hacia 1926 había más de 35.000 europeos en Rodesia del Sur, el 70 % de los cuales no había nacido allí. Durante las primeras décadas del siglo XX se enajenaron una gran cantidad de tierras, sobre todo en las regiones altas y templadas y cercanas al ferrocarril, que fueron concedidas a los nuevos colonos para desarrollar la agricultura de productos como el maíz y el tabaco, tanto para la exportación como para el consumo interno. También se desarrollaron granjas de producción ganadera. La agricultura empleaba a más europeos que ningún otro sector y los colonos formaron allí una poderosa burguesía rural. (Adu Boahen (dir) 1987. Historia General del África. Volumen VII África bajo el dominio colonial (1880-1935), Tecnos, Madrid)

... El único trabajo para el que me sentía capacitado era para abrir nuevos senderos; reclamar tierra que estuviera en desuso; y el pensamiento de miles de leguas en distintas partes del mundo despobladas y sin producir nada, continuamente me preocupaba... finalmente me decidí por África del sur. En un mapa a gran escala en la Casa de Gobierno, vi un distrito donde los ríos Devuli y Sabi se unían. Estaba marcado con letras coloradas, "no conveniente para el establecimiento de blancos". Cuando me asegure de que esta condenación no se debía a la temida mosca tsetse, por supuesto que decidí que yo tenía que ir a ese lugar. (Bridges 1948:513) (traducción propia)

Cuando en 1923 se instala en Aisén, Chile, lo hace como accionista en una compañía que poseía un complejo de estancias situadas mayormente en territorio chileno (Bamberg, 1995). En el epílogo de sus memorias describe brevemente esta experiencia

... La empresa en los Andes estaba en problemas. Había habido cuatreroismo y negligencia con el ganado. Charly Wood, el gerente, había sido apuñalado y muerto. Su sucesor había sido deshonesto y había terminado por suicidarse. El siguiente hombre en hacerse cargo estaba temeroso de andar a caballo por la estancia y, por la falta de transporte, la lana había quedado fuera durante el invierno y se había podrido. Todo esto hacía la cuestión imposible de vender. Las originales 100.000 libras habían desaparecido y ahora Hobbs & Co. tenía una deuda por la misma suma. Esto era lo suficientemente serio, pero yo todavía tendría una sorpresa más desagradable: los accionistas Hobbs & Co. eran colectiva e individualmente responsables por las deudas de la compañía. En mi ingenuidad yo había pensado que era una compañía limitada. [...] No puedo dar todos los detalles aquí, que sea suficiente decir que me divertí mucho allí y ahora el lugar está de nuevo sobre sus pies. (Bridges 1948: 514-515)

En todas estas citas se puede observar, además de que la actividad ganadera recorre toda su vida, que la misma es concebida como un desafío. Un desafío que implica un espacio siempre lejano pero además "virgen", "peligroso", "difícil", por fuera de los territorios ya ocupados o "civilizados" y por lo general descartado por otros como lugar productivo. Implica una serie de dificultades, naturales y sociales, que hay que vencer para lograr, finalmente, incorporar ese espacio de lo salvaje al mundo productivo, normalizado. Es posible que, estos espacios - descartados, periféricos- fueran la única posibilidad al alcance de este hijo de misioneros que no contaba con fortuna pero sí con cierta ambición. Haciendo "de la necesidad, virtud", habría presentado como desafíos personales las situaciones desventajosas en las que debía encarar sus negocios.

Estas citas que se refieren al África y a Chile corresponden a situaciones de su vida que no están desarrolladas en sus memorias, focalizadas en su vida en Tierra del Fuego. Pero si nos centramos ahora en el cuerpo de sus memorias, existen varios hilos posibles de seguir. El más evidente es el recorrido biográfico que va desde su nacimiento, incluyendo antes el relato familiar de la experiencia de sus padres instalándose en Tierra del Fuego, hasta su partida de la isla. Pero su libro también puede ser abordado como una especie de épica de la fundación de una estancia. O, quizá, una épica de la fundación de dos estancias, una sirviendo de prólogo a la segunda. En efecto, el libro describe, en primer lugar la fundación de la estancia Harborton iniciada por su padre. Un inicio con muchísimas dificultades, en una tierra en la que nunca había habido un establecimiento de ese tipo y en el que hubo que hacer absolutamente todo, desde traer las ovejas y cerdos hasta abatir los árboles para hacer las cercas, los corrales y otras construcciones. Bridges participa en toda esa empresa con sus jóvenes 12 años y en ella se hace adulto. Este relato funciona un poco a la manera de un prólogo para la narración de la segunda fundación –la de la estancia Viamonte-. En el plano de su vida aparece como el entrenamiento, la formación durante los años juveniles, la iniciación en las labores propias de una estancia, antes de encarar -más adelante- su propio proyecto. También es la situación en la que toma contacto con los selk'nam, que tendrán un papel crucial en el desarrollo de ese segundo emprendimiento.

La relación con los selk'nam, que empieza a trabar durante sus años juveniles en Harborton, tiene una importancia clave en su relato y es otro de los ejes que lo vertebran. Lucas y sus hermanos intentaron ponerse en contacto con los indígenas que circulaban por los bosques cercanos a la estancia sin tener ningún éxito hasta el momento en que los mismos indígenas inician algunos primeros y prudentes acercamientos. Los selk'nam venían siendo desplazados de su territorio –la zona norte de Tierra del Fuego- a consecuencia del establecimiento de las grandes estancias ganaderas. Las relaciones con los estancieros se volvieron cada vez más violentas y los indígenas que no eran confinados en las misiones salesianas se vieron obligados a replegarse hacia el centro y sur de la isla. Paralelamente, la presencia de mineros, atraídos por una fugaz fiebre del oro, también había dado ocasión a encuentros violentos, matanzas y raptos de mujeres.

En la estancia Harborton vivían y trabajaban ya algunos yámanas y se solía recibir la visita de algunos haush, habitantes del extremo sudeste de la isla. Es posible que esa disposición hospitalaria llegara a oídos de los grupos selk'nam que se presentaron en la

estancia a fines de 1894. La intención de entrar en contacto con los Bridges era, aparentemente, la de conseguir municiones y rifles para defenderse. Las primeras entrevistas y encuentros fueron de tensa expectativa: entre estas primeras visitas había algunos selk'nam que habían asesinado a un grupo de mineros y eran buscados por las autoridades. Sumado a ello, los Bridges no entendían la lengua selk'nam ni estos el yámana que los Bridges dominaban, de manera que se trataba de entenderse con gestos. Aun así, lograron demostrarse mutuamente las buenas intenciones y el deseo de establecer relaciones cordiales. A partir de ese momento diferentes grupos de selk'nam pasarían temporadas de pocos días hasta semanas o, incluso, meses en Harberton.

Durante las estancias en Harberton y para responder a las necesidades alimenticias, los selk'nam seguían cazando guanacos en los bosques aledaños, aunque empezaban a apreciar productos como la harina, el azúcar y el café que les proporcionaban en la estancia. Esta situación le permitió a Bridges empezar a ensayar la incorporación del trabajo de los selk'nam para las tareas que se requerían en Harberton. El trabajo constituiría la paga por los productos que recibían.

Introducir a los indígenas en las modalidades y ritmos del trabajo en una estancia no constituía una experiencia nueva para Bridges puesto que esa había sido la historia de la misión de Ushuaia y de su padre con los yámanas: una concepción de la evangelización que suponía muy fuertemente la adquisición de pautas de comportamiento "civilizadas" y, sobre todo, productivas, a la manera en que ésto era entendido por los misioneros, es decir como la incorporación de habilidades que permitieran, esencialmente, la vida sedentaria y las labores de la tierra (Bascopé 2013). Y al retirarse a Harberton, algunos yámanas lo acompañaron y se constituyeron en los trabajadores con que contaba la estancia. Ejercían variadas funciones, recibían sus correspondientes salarios y compartían labores con otros trabajadores de origen europeo. A diferencia de otros colonizadores, los Bridges no ponían en duda la capacidad de los indígenas para constituirse en buenos trabajadores. Si esa había sido la experiencia con los yámanas, nada indicaba que no pudiera hacerse con los selk'nam.

Sin embargo, la manera en que ésto se produciría iba a resultar bastante distinta a la de la misión anglicana. En el hijo del misionero, la preocupación por inculcar un estilo de vida diferente al que llevaban los selk'nam no constituía un objetivo de ningún tipo. Muy por el contrario, las cosas se plantearon de tal manera que el trabajo con los Bridges, aparecía como

una manera de conservar el modo de vida indígena tradicional, severamente amenazado en el contexto del avance colonizador sobre Tierra del Fuego.

Aventura, exploración, naturaleza

Introduciremos aquí el otro elemento de la ecuación con la que analizaremos la posición de Bridges: la concepción de aventura y exploración que puede rastrearse también en sus memorias. Consideramos esta constelación de nociones e inclinaciones como un producto del imperialismo decimonónico, especialmente británico, y que puede haber germinado en Lucas a partir tanto de su vida en el pequeño enclave inglés que era la misión como de las lecturas infantiles y juveniles que constituyeron su ligazón -en el fin del mundo- con las ideas que circulaban en la metrópoli y en el mundo. Aun viviendo en el remoto y aislado lugar en el que pasó su infancia, encontramos en Bridges una serie de coordenadas culturales que compartía con otros muchos súbditos británicos y, de forma más general, con el mundo europeo que se expandía hacia su periferia. En ese sentido, consideramos que el imperialismo no fue sólo el gran marco político y económico que ligaba a unas partes del planeta con otras en una relación de dominación, también fue una formación cultural que hacía que un conjunto de ideas, sentimientos y convicciones se arraigaran profundamente en las personas (Said 1999). De ese conjunto de convicciones -que no detallaremos aquí y que incluye la noción de la legitimidad del dominio de los europeos sobre cualquier otro pueblo del planeta- señalaremos solamente el deseo de exploración y aventura. En sus memorias podemos leer varias manifestaciones de esa faceta

Mi padre nos había leído un cuento titulado *Pobladores del Canadá* en el que un jefe piel roja llamado Víbora furiosa había raptado y luego adoptado a un joven. ¡Esa era la suerte que yo anhelaba: ser el héroe de una aventura similar! Quería vivir en el bosque lejos de las ataduras de la civilización que existía en Ushuaia (Bridges 2000: 105)

Si se piensa en la pequeñísima aldea que era Ushuaia por aquel entonces y los varios días de difícil navegación que implicaba cualquier contacto con los centros de abastecimiento más cercanos, la cita resulta todavía más significativa en relación al poder que pueden tener ciertas imágenes culturales. En otro momento, luego de los primeros encuentros, escribe:

A la madrugada siguiente, al ver, desde lo alto de una colina, levantarse a la distancia el humo del campamento de los indios sobre la copa de los árboles, ansié huir de mi monótona existencia y unirme a ellos en sus perpetuas cacerías. Nada sabía yo entonces de sus traiciones y sus sanguinarios ataques. En mi ardor juvenil, hubiera deseado reunirme con ellos, llevarles armas y compartir su lucha con los avances de la mal llamada civilización, en el romántico país que les pertenecía. ¡Así es la juventud! (Bridges 2000:199)

Las "ataduras de la civilización" parecen poner del lado del bosque, habitado por indígenas, la idea de la libertad y la plenitud, el lugar de la aventura y la emoción. Gabriela Nouzeilles (2002) ha analizado este imaginario relacionándolo con formas de masculinidad que se fueron estableciendo hacia fines del siglo XIX. En esa oposición entre civilización y naturaleza, ésta última es aquello que hay que controlar y dominar pero también, aquello con lo que un hombre puede probarse y medirse, desplegando su energía, su fuerza y su capacidad de supervivencia.

La isla de Tierra del Fuego –el último confín de la tierra- representó para Bridges ese “otro” de la civilización; ese dominio nuevo, distante y desatado del mundo social, que le permitiría medirse en su capacidad de conocer, de desplegar su fuerza y de dominar los elementos sin, por otro lado, dejar de actuar como un empresario decidido. Y, más específicamente, fue el bosque fueguino atrás de las altas montañas, lo que condensó para él ese espacio. Nadie había accedido, antes que él, a las zonas boscosas donde se refugiaban los grupos indígenas y se propuso entrar en relaciones con ellos y recorrer esas tierras.

Una vez que logró establecer un trato fluido y cotidiano con los selk’nam, le llamaron la atención algunas de sus habilidades, justamente aquéllas que correspondían a esa idea de un dominio y una virilidad “natural”. Admiraba profundamente su capacidad de observación. El ojo certero para guiarse en medio del bosque o para ubicar el lugar en el que había caído, por ejemplo, una bala que Bridges había disparado el día anterior. Admiraba la capacidad de leer en el entorno las huellas y saber quién y de qué manera había caminado por el lugar. Lo afirmaba explícitamente en sus memorias

Algo que provocaba mi admiración una y otra vez, además de las maravillas de la naturaleza, mientras andaba por las montañas de Tierra del Fuego, era el conocimiento del bosque que tenían los indios onas” (Bridges 2000: 437)

Pero más allá de la afirmación, lo ilustraba a cada página con el relato de pequeños episodios cotidianos. Ese conocimiento del entorno significaba para Bridges una capacidad ejercida en un espacio, por definición, exterior, desconocido y muchas veces hostil para los hombres "civilizados". Los selk'nam lograban el conocimiento y el control de esa naturaleza que él se había propuesto como desafío y no podía alcanzar, por lo menos en ese grado supremo al que aquéllos llegaban . En ese mismo sentido, es muy sugerente el reiterado desprecio por los "jóvenes de la capital" incapaces de enfrentarse a esas condiciones.

Admiraba también la resistencia y la capacidad para caminar y correr durante muchos kilómetros, la fuerza que les permitía cargar mucho peso a la espalda, la precisión y puntería para flechar un blanco lejano. También le gustaban algunos de los deportes que practicaban como las carreras de velocidad y la lucha libre. En todas estas actividades trataba de participar y de medirse con ellos y en casi todas conseguía un desempeño decoroso aunque nunca lograra superarlos, como lo señalaba en un episodio en el que, junto a un indígena, cargaron dos guanacos recién abatidos y recorrieron una cierta distancia

Confieso que me produjo una indigna satisfacción pensar que si bien no podía igualarlo, por lo menos yo no era tan inferior (Bridges 2000: 253)

Todo para comprobar, al llegar a destino, que su compañero había cargado, además, un pedazo que él abandonara por el camino.

Para Bridges los selk'nam ejercitaban todos esos atributos de la virilidad "natural" - la fuerza, la resistencia, el dominio- que encajaban en su deseo de aventuras. A la vez estos atributos se ejercitaban "lejos de la civilización" en esa naturaleza objetivada y exterior que estaba allí lista para que el hombre se mida con ella y la domine.

La estancia Viamonte

Retomemos ahora el punto en el que habíamos dejado el relato: Harberton entre 1894 y 1895. Una vez establecidas las buenas relaciones se empezaron a organizar actividades conjuntas, entre ellas, partidas de caza para obtener carne de guanaco y excursiones para despejar senderos y cortar y apilar leña. En estas tareas compartidas, la educación es cruzada: Bridges

aprendía técnicas y procedimientos de los selk'nam y ellos se entrenaban en algunas labores de la estancia.

Las relaciones se consolidaban y algunos grupos se instalaban en Harberton. Surgió, entonces, la posibilidad para Bridges de iniciar una nueva estancia en la zona central de la isla donde todavía quedaban tierras fiscales sin adjudicar. La iniciativa partió, según él, de los propios indígenas

Al paso que su situación se hacía más desesperada, grupo tras grupo de indios se presentaban en Harberton con el mismo ruego: ¿nosotros les ayudaríamos a detener el avance del usurpador hombre blanco? Los onas no proponían que nos armáramos e hiciéramos retroceder a los intrusos, sino que fuéramos a establecernos a la tierra de los onas. Su idea era que si nosotros nos apoderábamos de su tierra, ésta, no obstante, seguiría siendo de ellos. (Bridges 2000: 272)

Los selk'nam aparecen, entonces, como la razón central para iniciar el segundo establecimiento. Así está puesto en los subtítulos del capítulo correspondiente “Nos invitan los onas a vivir a su país”. Es un motivo alto y loable –salvar a un pueblo amenazado- el que da inicio a la epopeya. Unos párrafos más adelante señala otras razones que apuntalaban su deseo de hacer realidad la nueva estancia contra la opinión desfavorable de su familia

...también porque tenía sed de aventuras y, dicho sea de paso, creía que podía ganarse dinero con el proyecto. (Bridges 2000: 272)

Finalmente se toma la decisión de iniciar la nueva empresa que convenía a ambas partes. Según Bridges los onas anhelaban “libertad y seguridad”. Libertad de transitar y vivir según sus propias pautas –por oposición a la vida en las misiones salesianas- y seguridad de no ser atacados y asesinados como ocurría en las tierras del norte. Para Bridges era la posibilidad de iniciar un nuevo establecimiento, quizá de contar con una posibilidad más de hacer fortuna, todo ello sin poseer un capital suficiente para semejante empresa. Los selk'nam constituirían el grupo de trabajadores con que podría llevar adelante el emprendimiento en un momento en que la mano de obra no abundaba. También se aseguraba una fuerte lealtad de parte de ellos.

Luego vendrían los pormenores de la aventura: se trataba, primero, de abrir un camino a través de la montaña hacia el interior de la isla. El capítulo recibe el nombre de “El camino a

Najmishk, 1900-1902”. Eran territorios que todavía se encontraban bajo control de los indígenas, sin trazas de haber sido pisados por hombres blancos. La primera tarea fue la búsqueda de un camino entre las montañas para poder trasladar el ganado desde Harberton al nuevo establecimiento. Eran 160 kilómetros en los que había que atravesar turbales y pantanos sobre los que se debieron hacer caminos de troncos. Los trabajos duraron dos años y a las dificultades inherentes al hecho de abrir un camino en la montaña se agregaba la existencia de un conflicto entre dos linajes indígenas que amenazaba con terminar en matanzas.

Relaciones de trabajo

En el marco de ese emprendimiento se encararon de manera más sistemática algunos trabajos y ello llevaría a profundizar unas relaciones entre los indígenas y Bridges basadas en otros términos: los del trabajo. ¿Qué pautas se establecieron para esta nueva relación? Veamos en primer término las que fija Bridges. Algunas son estrictas y no admiten matices, revisiones ni transacciones. Son las que pertenecerían a una especie de ética del trabajo por un lado y del respeto absoluto a la propiedad privada por el otro. No se admitían hurtos ni robos –por ejemplo de ovejas-. Si alguien deseaba algún producto de los que provenían del mundo blanco (municiones, azúcar, etc.) tenía que ofrecer una contraparte en trabajo. Del mismo modo, todo trabajo era recompensado con un salario o con productos. Esto implicó una especie de pedagogía delicada y no siempre exenta de riesgos que se fue dando en los años previos al proyecto de la estancia Viamonte. En ocasión de la visita de un grupo indígena a Harberton se descubren dos animales muertos, Bridges presenta el caso de esta manera

En mi opinión, es mayor pecado para un hombre dejar sufrir de hambre a su familia que robar una oveja; pero no debía tolerarse el menor delito. Si dos ovejas habían sido muertas, ya fuera por Kiyohnishah, o por aquellos que querían perjudicarlo, el asunto debía ser investigado (Bridges 2000: 265)

y luego relata que, mientras su hermano se dirigía a buscar los animales muertos, él se aproximó al grupo sospechado temiendo por su vida “porque sabía que si llegaban a temernos, pronto serían nuestros enemigos” (Bridges 2000: 266). La entrevista se desarrolló en un clima de mucha tensión: los indígenas pensaron que el otro hermano había ido a buscar

a los soldados mientras Lucas los entretenía. Después de discutir un rato y decirle Kiyohnishah que, efectivamente, sus perros habían matado a las ovejas, Bridges contesta que

Si esto sucedía de nuevo él no debía esconderse como un zorro, sino venir como un hermano, traerme los cueros y contarme lo sucedido. Añadí que yo no me hubiera enfadado, pero que le hubiese pedido un par de pieles de zorro en cambio, o en caso de no tenerlas, que cortase leña hasta pagar las ovejas (Bridges 2000: 266)

Como puede verse en este episodio, y en otros similares, parecen irse ajustando en ellos los principios y pauta de conducta que Bridges consideraba básicos. Quizá podría plantearse aquí que no se trata tanto de principios irrenunciables, o de convicciones profundas, como del juego de compromisos que requería la relación entre ambos mundos. Si se piensa en la frase “en mi opinión es peor dejar morir de hambre a su familia...” parece introducirse una nota de relatividad en los principios. Podemos suponer que si Bridges pretendía ligar a los selk’nam en unas relaciones estables y permanentes con su familia y su estancia, en particular, y con la sociedad “colonizadora”, en general, era necesario que se respetaran ciertas pautas fundamentales propias del mundo occidental, en este caso, las de la propiedad privada.

Fuera de estos principios inapelables se abre, luego, todo un campo de transacciones. Tienen que ver con los ritmos del trabajo y el respeto a ciertas normas de relación con el ambiente propias de los selk’nam. En el texto lo que aparece como concesiones o “tolerancias” de Bridges debe entenderse, en mi opinión, como la necesaria flexibilidad que exigía tal relación y los límites que ésta podía tolerar. Podemos considerarlas como las pautas que establecieron los selk’nam para dicha relación laboral.

Hay que señalar, de todos modos, que una serie de características propias del comportamiento masculino entre los selk’nam resultaban favorables a las necesidades del trabajo: el orgullo por la resistencia y la fuerza que un hombre pudiera desarrollar, la autocontención ante el dolor o el cansancio hacía que trabajaran duramente durante todo el día. Más importante fue, sin embargo, el hecho de que Bridges trabajara siempre a la par de los indígenas: hacía el mismo tipo de tareas durante el mismo lapso de tiempo. Probablemente no hubiera logrado nunca los mismos resultados si hubiera pretendido ordenar la realización de trabajos en los que él no participara. Como en toda sociedad sin jefaturas no

se toleraba que un hombre pudiera mandar a otro ni obligarlo a hacer nada contra su propia voluntad.

Respecto a la cantidad de trabajadores con los que se podía contar, eso quedaba librado a la buena voluntad de los indígenas

El entusiasmo por... [el trabajo]... había decaído después de la excitación que provocó la visita de Houshken y algunas veces sólo tenía conmigo a seis o siete hombres. [...] Tal vez fue este favorable cambio de tiempo lo que reanimó a mis compañeros onas. Llegaron en mayor número y todos trabajaron bien. (Bridges 2000: 283)

Lo mismo pasaba con las pausas durante el trabajo. Cuando los hombres que trabajan con él recibieron la visita de un linaje proveniente del norte de la isla, las labores no se reiniciaron hasta que no se hubieron marchado varios días después. Así lo comenta Bridges

Hubiera sido difícil concentrar la atención de mis hombres en el monótono trabajo cotidiano de construir el camino, sin permitirles un desahogo, de modo que no los molesté; por el contrario, con verdadero placer participé de sus inocentes diversiones. (Bridges 2000: 281)

También Bridges debió acomodarse frente a las concepciones sobre el entorno propias de los selk'nam. El espacio natural era concebido en términos que involucraban a los antepasados y a personajes míticos -transformados en accidentes naturales- que continuaban ejerciendo sus potestades en el presente (Gusinde 1982). En una ocasión, mientras construían el camino a la nueva estancia a través del bosque, se desató una tormenta que duró varios días. Los selk'nam interpretaron que la montaña estaba disgustada por el ruido de las hachas. Realizaron una serie de rituales hasta que la lluvia cesó y volvieron a trabajar. Pero la lluvia volvió

La sospecha que tuvimos en el primer aguacero se transformó ahora en certidumbre: Heuhupen, que en un tiempo fue una bruja, estaba descontenta con el ruido que hacíamos. Debíamos hacer un rodeo grande hacia el oeste. Nos llevaría a través de un terreno más quebrado y el camino a Najmishk sería mucho más largo; sin embargo Halimink, Kankoat y los otros creyeron que era lo que correspondía hacer. [...] No tenía ningún deseo de dar esa larga vuelta. Dije a mis compañeros que recordaba el caso de fuertes lluvias, no provocadas por el disgusto de las montañas con el ruido de las hachas, y les propuse volver a discutir el asunto al día siguiente. [...]

Les prometí que si volvía a llover, llevaríamos el camino bien hacia el oeste; si, al contrario, cesaba la lluvia, sabríamos entonces que ésta llegaba por su propia voluntad sin obedecer a los mandatos de Heuhupen (Bridges 2000: 298)

Como puede verse en este episodio, a Bridges le es necesario acatar la interpretación indígena de los fenómenos naturales e interrumpir el trabajo. El intento de convencerlos para que el camino siga la traza prevista tiene que hacerse siguiendo la lógica del pensamiento de los selk'nam.

Una vez terminado el camino vino la instalación que se describe a lo largo de 9 capítulos bajo el nombre de "Una choza en la tierra de los onas, 1902-1907". Las dificultades seguían siendo importantes sin embargo la estancia se pondría lentamente en marcha y al cabo de algunos años sería un establecimiento próspero. Los selk'nam se entrenaron en nuevas tareas, entre ellas, la de esquilas

¡Cuál no hubiera sido la sorpresa de un criador civilizado al ver un grupo de onas, enteramente desnudos y pintarrajeados, ensayando las tijeras de esquilas sobre las ovejas! Las mujeres que se habían amontonado alrededor del corral, convencidas de que esta función se realizaba para su exclusivo entretenimiento, miraban con no disimulado placer los esfuerzos de los desdichados animales por desasirse de las fuertes manos de esos aprendices, incompetentes por cierto, pero animados por la mejor buena voluntad, mientras yo me esforzaba por enseñarles el correcto estilo. (Bridges 2000: 348)

El entrenamiento resultó exitoso puesto que años más tarde, algunos selk'nam, como Metet y su hermano Doiheí, se consagraron campeones en las competencias que solían establecerse entre esquiladores de distintas estancias. Otros trabajos de la estancia como el de alambrar, domar potros, aserrar madera, etc. también fueron cubiertos por los selk'nam quienes combinaban estas tareas que les eran debidamente pagadas -"exactamente lo mismo que ganaban los blancos empleados en tareas similares, en todo el país" (Bridges 2000: 472)- con el retiro hacia el interior de los bosques para cazar u otras actividades. Los que no trabajaban vivían igualmente en las tierras de la estancia.

Además del resguardo en unas tierras libres de amenazas la protección que ofrecía Bridges tenía otra faceta: la de constituirse en un intermediario entre los selk'nam y la población

blanca de la isla. El hecho de estar acompañados por Bridges les servía de escudo frente a cualquier peligro o arbitrariedad. Por otro lado la policía y las autoridades de la isla utilizaron los servicios de los indígenas en varias ocasiones. El conocimiento del territorio y su habilidad como rastreadores sirvieron para la búsqueda, por ejemplo, de los presos que lograban evadirse del penal de Ushuaia. Para esta tarea se contactaba a Bridges –uno de los pocos que hablaba selk’nam- y se le pedía que organizara un grupo de rastreadores. Convencer a los indígenas de hacerlo no era fácil –“no tenían interés en las luchas de los hombres blancos” (Bridges 2000: 321)- pero eso aceptó con toda seguridad la relación con las autoridades y les aseguró en muchos casos un trato benevolente.

Del mismo modo que en el trabajo debía someterse a algunas pautas indígenas, también en su relación con otros sectores del mundo blanco Bridges respetaba y cuidaba los términos de su vinculación con los selk’nam . En un viaje a través de la isla, junto a un grupo de selk’nam, llegaron a un puesto de policía en el que le ofrecieron a Bridges una cabalgadura para el resto del camino. Bridges tuvo que rechazarla y explica que “en mi trato con los onas sostuve siempre principios comunitarios que me impidieron aceptar tan tentador ofrecimiento” (Bridges 2000: 248)

¿Significaba esto algún tipo de interferencia o de conflicto en su vinculación con su propia sociedad? En absoluto. Creemos que Bridges no dejó en ningún momento de honrar toda una serie de obligaciones y de fidelidades hacia su propio grupo que, analizadas a la distancia, pueden parecer contradictorias con su amistad con los selk’nam. No lo eran en la conciencia de su protagonista. En primer lugar está el hecho de la colonización. Bridges lamentaba la desaparición de los selk’nam pero la colonización era lo que lo había llevado a él a esas tierras que amaba profundamente. Cuestionar o reconocer su violencia implícita hubiera sido cuestionar su propio lugar en ella. Es revelador, en este sentido, cómo Bridges describe y condena las crudas matanzas de indios que lleva a cabo el administrador escocés de una de las estancias fueguinas pero mantiene relaciones corteses con él y, al describir su accionar, oculta su verdadero nombre en un intento por preservar su reputación.

Es en el ámbito del trabajo y de lo productivo -y solamente allí- donde Bridges pretende modelar a los selk’nam y transformar sus costumbres -o mejor: adaptarlas para el trabajo-. En los aspectos en los que se juega el trabajo de la estancia enseña, impone pautas, negocia condiciones. En otras áreas de la vida, acepta y parece mirar desde afuera, como un

observador externo, las pautas de conducta, las formas culturales que se despliegan frente a sus ojos. No les pide que cambien su alimentación o su vestimenta (salvo que no sirva para algún trabajo específico), ni su nomadismo, ni su religión. Cuando Viamonte se consolida y varias familias selk'nam estén radicadas allí, el pedido del padre salesiano, Juan Zenone, de poder instalarse allí para bautizar y catequizar a los niños, es aceptado con cierta reticencia. Incluso en aspectos que podrían resultar sensibles para una moral como la de los Bridges (los frecuentes asesinatos entre linajes, la violencia contra las mujeres) hay siempre una prudente distancia y se abstiene de intervenir (o de denunciar a las autoridades como hacían algunos de sus vecinos).

En todas esas áreas fuera del trabajo en la estancia, la actitud se parece más a la de un etnógrafo, queriendo conocer y participar. En las largas veladas compartidas había escuchado las historias, los relatos míticos, las explicaciones del origen de plantas y animales, etc., que muchos años después todavía recordaba e incluiría en sus memorias. Pero más que un etnógrafo o un observador, por momentos, parece alguien que quisiera convertirse en selk'nam. Experimentaba placer en desarrollar la vida de los selk'nam. Disfrutaba las comidas como el cormorán asado que "bien tostadito sobre las brasas tiene un sabor tan delicioso que solo al recordarlo se me hace agua la boca" (326). Las diversiones y deportes de los selk'nam: "Me gustaba luchar con los indios.[...] en las frecuentes peleas amistosas contra Kankoat el bufón, conseguía resistir, pero dudo que hubiera podido vencerlo en una lucha seria" (222). Pasar el tiempo con ellos "Pase un verano muy interesante, vagando por la región, con una banda de jóvenes onas solteros que resultaron los mejores compañeros imaginables" (448). O "Mientras construíamos el camino éramos un grupo feliz...(298). Así lo consideraron también los selk'nam cuando lo incorporaron como novicio a la ceremonia del Hain, un privilegio que casi ningún blanco había obtenido.

En las relaciones que Bridges estableció con los grupos selk'nam que se acercaron a Harberton aparecen estos dos elementos que hemos presentado: la centralidad de la estancia - concreción en Tierra del Fuego del avance capitalista- cuya existencia organiza las actividades, los propósitos cotidianos y el sentido general de su vida y una inclinación hacia esa forma de vida concebida como más plena, más emocionante, en la que se juega su sentido de la hombría, su disposición a demostrar un valor que solo la lucha con la naturaleza puede revelar y que los hombres selk'nam despliegan cada día. Ambas formas de concebir el mundo y su posición en él pertenecieron al bagaje del imperialismo que se desplegó en el siglo XIX.

En la peculiar combinación de estas dos elementos creemos que se encuentra la clave de la experiencia de contacto que se produjo en Harberton y en Viamonte. Combinación en la cual los selk'nam encontraron un resquicio para negociar aunque fuera mínimamente los términos de su incorporación al mundo de los colonizadores. Una experiencia breve y anómala en el contexto de la colonización fueguina que se caracterizó, más bien, por la eliminación física o la deportación de los indígenas o bien por su confinamiento en misiones en las cuales perdieron rápidamente la vida. La otras posibilidades del avance colonizador.

Bibliografía

Bamberg, María. 1995. *Allá en la Patagonia*. J. Vergara.

Bascope J., Joaquín. 2013. Emergencia de una sociedad original en El último confín de la Tierra. Sentidos coloniales IV. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos. Nouveaux mondes mondes nouveaux*

Bridges, Lucas. 1948. *Uttermost Part of the Earth*. Hodder and Stoughton, London

Bridges, Lucas. 2000. *El último confín de la tierra*, Buenos Aires, Sudamericana.

Chakrabarty, Dipesh. 1999. La poscolonialidad y el artilugio de la historia:¿ Quién habla en nombre de los pasados «indios»? *Pasados poscoloniales, El Colegio de México, México, DF*.

Chapman, Anne. 1988. *Los selk'nam. La vida de los onas*, Buenos Aires, Emecé.

Gusinde, Martín. 1982. *Los indios de Tierra del Fuego. Tomo primero: Los selk'nam* (2 vols.), Buenos Aires, CAEA, CONICET.

Luiz, M.T. Y M. Schillat. 1998. *Tierra del Fuego. Materiales para el estudio de la Historia Regional*, Ushuaia, Fuegia,

Nouzeilles, Gabriela (comp), 2002. *La naturaleza en disputa. Retóricas del cuerpo y el paisaje en América latina*, Buenos Aires, Paidós.

Said, Edward. 1999. *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Anagrama.